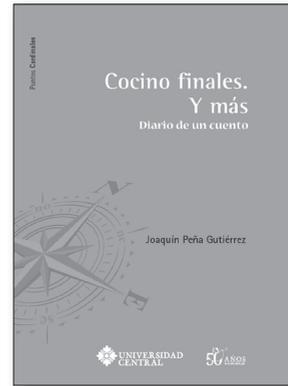


Joaquín Peña Gutiérrez

Cocino finales. Y más: diario de un cuento

Cocino finales. Y más: diario de un cuento
Joaquín Peña Gutiérrez
Ediciones Universidad Central
Bogotá, 2016



Yo le pregunté a Alfonso Reyes por qué publicamos lo que escribimos. Él me dijo: "Yo comparto su perplejidad y he optado por una solución". "¿Y cuál es?" le dije yo. Y me dijo: "Publicamos para no pasarnos la vida corrigiendo los borradores". Creo que tenía razón.

JORGE LUIS BORGES

Lo primero será disculparme, pues no logré hacer una presentación definitiva. Me avisaron casi como un chiste sobre la presentación del libro *Cocino finales. Y más: diario de un cuento*, apenas supe de la seriedad de la propuesta releí el libro y al terminarlo me hice una pregunta: ¿cómo carajos se presenta una obra que habla sobre las mismas posibilidades de creación? De inmediato, recordé tantos lanzamientos donde el presentador aprovecha cierta cercanía con el autor para contar anécdotas que hagan jocosa la presentación. Entonces intenté un primer borrador titulado "Joaquín Peña, mi padre". Les voy a leer lo que alcancé a escribir en esta versión:

"Primera anécdota: en una ocasión, tal vez por una gripa o un insomnio repentino, me desperté a las tres de la mañana y logré ver una luz roja que provenía de la sala. Del mismo sitio provenía el rumor de unas teclas. Esto me sorprendió un tanto, ¿quién se para a hacer tareas a las tres de la mañana?, pensó mi mente infantil. Al día

siguiente conté en el desayuno la historia a mi mamá, ella puso su sonrisa en mis ojos y me dijo que era papá escribiendo. Creí que no era posible levantarse diariamente a escribir, y menos tan temprano, por ello me aseguré de despertarme a esa hora por un año para comprobarlo. Duré una semana en la que Joaquín no falló y hasta ahora no falla, aunque tenga que salir rápido de una reunión para cumplirle a la literatura.

Segunda anécdota: cuando yo ya me encontraba en las fauces de la literatura, nació una competencia secreta y del todo filial con mi padre: intentar hablarle de un gran escritor que él desconozca. No he triunfado ni una sola vez, aunque sí he aprendido bastante en esta competencia mía. Recuerdo sobre todo la vez en que empecé a hablarle de Marlowe, creyendo que él lo desconocía; terminó dándome una clase de literatura isabelina y su relación con Shakespeare.

Tercera anécdota: en mi cuarto hay, sin usar la hipérbole, por lo menos diez cajas repletas de manuscritos y borradores de mi padre. Entre ellos se cuentan varias novelas terminadas, libros de cuentos, libros de poesía y libros de ensayos. He leído varios de esos textos inéditos y no me cabe duda de que son mucho más que buenos. Se lo he dicho en más de una ocasión a él, ¿por qué no publicas esos libros si hay personas con la mitad de calidad tuya que están en

grandes editoriales? Su respuesta suele ser el silencio, el *no están listos* o *no me vas a convencer de que yo tengo algo bueno*. También es bueno mencionarles que casi ninguno de sus libros, incluso este que nos reúne hoy, han sido publicados por voluntad suya. La publicación de *Cocino finales*. Y más se la debemos al gusto que generó por el libro de Jairo Restrepo. Quizás Joako se sentencia con la frase que nos dice a sus estudiantes de Creación: “Cuando lo que se va a decir no es mejor que el silencio, es mejor dejar el silencio”.

Aquí termina el primer borrador. Me detuve por la contundencia de la última frase, que justo me venía a mí. ¿No estaba yo cayendo en lo banal? ¿En esa primera versión no dejo que se note una concepción sobre el lanzamiento del libro muy comercial? ¿El público podrá sentir ese texto un tanto tendencioso? Con esas tres preguntas decido no continuar por ahí y reiniciar un nuevo borrador que hable solo de la obra misma. Que se noten y sirvan de algo mis estudios en Creación Literaria. Titulé el segundo borrador *Cocino finales, mis alrededores*. Transcribo lo que alcancé a escribir:

“Primer asunto: el subtítulo de *Diario de un cuento* se debe a que el libro nos presenta una minificción, recién sacada del horno, y nos va llevando por su proceso de escritura hasta que en la última página vemos el cuento terminado. Como escritor he visto varios libros sobre la creación que se centran solo en un lado, en el técnico o en el emocional. Uno de los aciertos del texto es lograr una simbiosis entre los dos extremos y mostrarnos a los creadores jóvenes varias maneras de hacer un cuento. No solo nos revela los finales como una decisión técnica, sino también ideológica; un cuento puede variar su significado con solo moverle una frase o eliminarla. Percatarse de estas variantes y mirar el resultado final llevan al lector a crear una tensión. Vale rescatar que

el libro da giros sobre las vivencias del autor y cómo influyen estas en la escritura, o cómo la interrumpen.

Segundo asunto: al mirar el libro nos percatamos de lo difícil que es clasificarlo, sin decir que esto sea inconveniente. Puede ser una novela, un ensayo, una crónica, un libro taller, etc. Como que en cada género cabe, pero a la vez las casillas se le quedan cortas.

Tercer asunto: el libro habla sobre una de las paradojas del escritor; la sociedad y él. Vemos cómo el autor-narrador nos cuenta que la historia le ha surgido con su experiencia y la de los otros. Necesito ver la vida para crear. Luego nos muestra cómo el trabajo y las obligaciones lo abruma y le impiden escribir. Necesita alejar la vida para poder escribir. Esta paradoja es constante en las dos últimas partes, incluso se invierten, pues en ocasiones la literatura aleja la vida. Para mirar esta paradoja deseo citar a Jonathan Franzen en su ensayo “¿Para qué molestarse?...”.

Hasta aquí fue mi segunda versión. Me pareció exagerado meter una cita y ser muy ensayístico en una presentación. Mucha profundidad puede ser abrumadora para alguien que escucha, a diferencia del que lee. Así que tranquilos, tampoco pude terminar esa segunda presentación tan pesada. Finalmente, este libro es una muestra de que nunca llegamos a una versión definitiva y que, cuando un escritor publica solo, está diciendo: “Disculpen, este es el mejor borrador que pude hacer. La obra nunca se termina de elaborar”.

Lo último que puedo decirles a ustedes es que aquí está el libro. Disfruten su lectura y a mi padre brindarle este abrazo hecho letras. Muchas Gracias.

DIEGO RODRÍGUEZ PEÑA

Estudiante de pregrado en Creación Literaria,
Universidad Central.